

S. BERNARDO ABAD DE LA CONVERSIÓN A LOS CLÉRIGOS SERMON O LIBRO.

ADVERTENCIA.

El título de la siguiente obra varía. En su primera edición, es decir, en la de Espira del año 1501, se titula "De la conversión, librito para los Escolares," sin división de capítulos. En las ediciones del año 1520, "De la conversión, sermón para los Clérigos," que consideramos el título genuino. Bernardo mismo lo llama sermón en el número 31: "Os hemos fatigado con la prolijidad del sermón," etc. Algunos códices prefieren "a los Clérigos de París." El prólogo Cisterciense favorece en el libro séptimo de la Vida de Bernardo, capítulo 13: "En cierta ocasión, cuando el hombre de Dios Bernardo estaba en París por una causa necesaria, a petición de los clérigos ingresó como de costumbre en sus escuelas: mostrándoles la forma de la verdadera filosofía, les aconsejaba atentamente sobre el desprecio del mundo," etc. Gaufrido narra el hecho en el libro quinto de la misma Vida, número 10: "El santo padre, alguna vez recorriendo los límites de París, no pudo ser persuadido por el obispo Esteban y todos los demás que estaban presentes para que se dirigiera a la misma ciudad. Con gran celo, evitaba las reuniones públicas a menos que una causa grave lo urgiera. Y cuando por la tarde había ordenado su viaje a otro lugar, por la mañana, tan pronto como habló con los hermanos, ordenó decir al obispo: 'Iremos a París, como pediste.' Así, reuniéndose un clero muy numeroso, como siempre solían pedirle la palabra de Dios, inmediatamente tres de ellos se compungieron y se convirtieron de estudios vanos al culto de la verdadera sabiduría, renunciando al mundo y adhiriéndose al siervo de Dios," etc. Este sermón es grave y patético contra los clérigos que ambicionan las dignidades de la Iglesia y se acercan temerariamente a las órdenes sagradas. Hemos mantenido la distinción de capítulos tal como se aplicó en las ediciones desde el año 1520.

CAPÍTULO PRIMERO. Que nadie puede convertirse al Señor, a menos que sea prevenido por la voluntad de Dios y su voz clamando interiormente.

1. Creemos que os habéis reunido para escuchar la palabra de Dios. No se nos ocurre otra razón para vuestra concurrencia tan ávida. Aprobamos ciertamente este deseo y nos alegramos de vuestro loable empeño. Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, pero si la guardan (Luc. XI, 28). Bienaventurados los que recuerdan sus mandamientos, pero para cumplirlos (Sal. CII, 18). Sin duda, tiene palabras de vida eterna, y llega la hora (ojalá ahora también) cuando los muertos oirán su voz; y los que la oigan, vivirán (Juan V, 25): pues la vida está en su voluntad. Y si queréis saber, su voluntad es nuestra conversión. Escuchadlo, pues. ¿Acaso es de mi voluntad la muerte del impío, dice el Señor, y no más bien que se convierta y viva? (Ezequiel XVIII, 23). De estas palabras reconocemos claramente que la verdadera vida para nosotros no es sino en la conversión, ni de otro modo se abre el ingreso a ella, diciendo también el Señor: Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos (Mateo XVIII, 3). Con razón, pues, solo los niños entran; porque un niño pequeño los guía, quien para esto mismo nació y nos fue dado. Busco, por tanto, la voz que oigan los muertos, y cuando la oigan vivan: pues tal vez es necesario evangelizar también a los muertos. Y se me ocurre mientras tanto una palabra breve, pero plena, que la boca del Señor ha hablado, como atestigua el profeta: Dijiste, dice hablando sin duda a su Señor Dios, Convertíos, hijos de los hombres (Sal. LXXXIX, 3). Y no sin razón parece que la conversión debe ser exigida a los hijos de los hombres, necesaria ciertamente para los pecadores. Pues a los espíritus celestiales más bien se les ha impuesto la alabanza que conviene a los rectos, cantando el mismo profeta: Alaba a tu Dios, Sión (Sal. CXLVII, 12).

2. Sin embargo, lo que dice, dijiste, a mi juicio no debe pasarse por alto ni escucharse simplemente. ¿Quién se atrevería a comparar con palabras humanas lo que se dice que Dios ha dicho? La palabra de Dios es ciertamente viva y eficaz (Hebr. IV, 12); y su voz en magnificencia y poder (Sal. XXVIII, 4). Pues él dijo, y fueron hechas (Sal. CXLVIII, 5). Dijo: Hágase la luz, y la luz fue hecha (Gén. I, 3). Dijo: Convertíos, hijos de los hombres, y se convirtieron. Así, claramente, la conversión de las almas es obra de la voz divina, no humana. Simón hijo de Juan, pescador de hombres llamado y constituido para esto mismo por el Señor, sin embargo, trabajando en vano toda la noche no capturará nada, hasta que echando la red en la palabra del Señor, pueda encerrar una multitud copiosa. Ojalá echemos también hoy en esta palabra la red de la palabra, y experimentemos lo que está escrito: He aquí dará a su voz voz de poder (Sal. LXVII, 34). Si hablamos mentira, eso es ciertamente de lo propio. Pero tal vez entonces se juzgará que es nuestra voz, y no del Señor, si buscamos lo que es nuestro, no lo que es de Jesucristo. Sin embargo, aunque hablemos la justicia de Dios, y busquemos la gloria de Dios, es necesario esperar el efecto solo de él, pedirle a él que a su voz acomode voz de poder. A esta voz interior, pues, exhortamos a que se eleven los oídos del corazón, para que os esforcéis en escuchar a Dios hablando dentro, más que al hombre fuera. Esa voz de magnificencia y poder, sacudiendo los desiertos, escudriñando los secretos, sacudiendo la pereza de las almas.

CAPÍTULO II. Que la misma voz del Señor se ofrece a todos, y presenta el alma a sí misma aunque no quiera.

3. Y ciertamente no es necesario esforzarse para llegar a oír esta voz: el esfuerzo es más bien tapar los oídos para no escuchar. Sin duda, la voz misma se ofrece, se introduce, y no cesa de golpear mientras tanto a las puertas de cada uno. Pues durante cuarenta años, dice, estuve cerca de esta generación, y dije: Siempre erran de corazón (Sal. XCIV, 10). Aún está cerca de nosotros, aún habla, y tal vez no hay quien escuche. Aún dice: erran de corazón; aún la Sabiduría clama en las plazas: Volved, transgresores, al corazón (Isa. XLVI, 8). Este es el comienzo de hablar del Señor: y esta palabra parece haber precedido a todos los que se convierten al corazón, no solo llamándolos, sino llevándolos y poniéndolos ante su rostro. Pues es no solo voz de poder, sino también rayo de luz, anunciando a los hombres sus pecados, e iluminando los ocultos de las tinieblas. Y no hay diferencia alguna de esta voz y luz interior, siendo el mismo Hijo de Dios y Verbo del Padre, y esplendor de gloria: pero también la sustancia del alma, en su propio género también espiritual y simple, sin distinción alguna de sentidos, sino toda, si es que puede llamarse toda, y parece ver y oír a la vez. ¿Qué se hace, pues, con ese rayo, o palabra, sino que se conozca a sí misma? Se abre ciertamente el libro de la conciencia, se despliega la miserable serie de la vida, se repliega una triste historia, se ilumina la razón, y la memoria desplegada se exhibe como con ciertos ojos de ella. Ambas cosas no son tanto del alma misma, como la misma alma: de modo que es la misma la que mira y la mirada, puesta ante su propio rostro, y obligada por ciertos violentos alguaciles de pensamientos introducidos, a asistir mientras tanto a su propio tribunal para ser juzgada. ¿Quién, ciertamente, soportará este juicio sin tribulación? Mi alma está turbada en mí, dice el profeta del Señor (Sal. XLI, 7): y tú, ¿te maravillas de no poder estar ante tu rostro sin argumento, sin turbación, sin confusión?

CAPÍTULO III. Que por la voz de Dios, la razón del alma, como en un libro, puede descubrir, reprender, juzgar y discernir todos los males.

4. No esperes de mí escuchar qué descubre la razón en tu memoria, qué reprende, qué juzga, qué decreta. Aplica el oído dentro, vuelve los ojos del corazón; y aprenderás por tu propia experiencia qué se hace. Nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que

está en él (I Cor. II, 11). Si el orgullo, si la envidia, si la avaricia, si la ambición, o alguna peste similar está oculta, difícilmente podrá escapar a este examen. Si la fornicación, si el robo, si la crueldad, si algún fraude, o cualquier culpa ha sido cometida, el mismo culpable no escapará al juez interno, ni lo negará ante él. Pues toda aquella comezón de deleite inicuo ha pasado rápidamente, y toda la atracción de la voluptuosidad ha terminado en breve; pero ha dejado ciertas señales amargas en la memoria, pero ha dejado huellas feas. Pues toda la abominación ha corrido a ese depósito, como a una sentina, y toda la inmundicia ha fluido. Un gran volumen, en el que todo está inscrito, con el estilo ciertamente de la verdad. Ya el vientre soporta amargo, aunque las miserables fauces parecieron deleitarse brevemente con cierta dulzura frívola. Me duele el vientre, miserable, me duele el vientre. ¿Por qué no dolerá el vientre de la memoria, donde tanta podredumbre está acumulada? ¿Quién de nosotros, hermanos, si de repente considera esta vestidura exterior, con la que está cubierto, manchada de obscenos escupitajos por todas partes, y ensuciada con las más viles inmundicias, no se horrorizará vehementemente, no se despojará rápidamente, no la arrojará con indignación? Así que quien no encuentra tal vestidura, sino a sí mismo bajo la vestidura, debe dolerse más, y consternarse en el ánimo, cuanto más cerca soporta lo que horroriza. Pues no como se quita la túnica, así podrá el alma contaminada despojarse de sí misma. ¿Quién de nosotros es de tanta paciencia y virtud, que si acaso (como se lee de María, hermana de Moisés (Núm. XII, 10) ve su carne malamente blanqueada por una lepra repentina [o subcutánea], pueda estar con ánimo sereno, y dar gracias al Creador? ¿Qué es esta carne, sino una cierta túnica corruptible, con la que estamos vestidos? ¿O qué es esta lepra corporal para todos los elegidos, sino la vara de corrección paterna, y la purificación del corazón? Allí, allí está la tribulación vehemente, y la causa justísima de dolor, cuando despertado del sueño de la miserable voluptuosidad, comienza alguien a descubrir la lepra interior, que con mucho esfuerzo y trabajo se procuró a sí mismo. Pues aunque nadie odie su propia carne, mucho menos podrá el alma odiarse a sí misma.

CAPÍTULO IV. Que amando la iniquidad, odia el alma, y su carne: y sobre la penitencia infructuosa después de la muerte.

5. Pero tal vez a alguien le mueva aquello del Salmo: Quien ama la iniquidad, odia su alma (Sal. X, 6). Pero yo digo, odia también su carne. ¿No odia, quien se compra montones de infierno cada día, y quien según su dureza y corazón impenitente atesora ira para el día de la ira? Sin embargo, este odio tanto de la carne como del alma, se encuentra más en el efecto que en el afecto. Así ciertamente odia también el frenético su carne, cuando se esfuerza por infligirse daño a sí mismo, con la deliberación de la razón dormida. ¿O acaso se juzga alguna frenesí más grave, que la impenitencia del corazón, y la obstinada voluntad de pecar? Pues ciertamente se inflige manos nefastas a sí mismo, y no la carne, sino la mente desgarrar y corroe. Si has visto a un hombre rascarse las manos, y frotarse hasta sangrar, tienes en él una evidente similitud del alma pecadora expresada. Pues aquella comezón de deleite iniquo cede rápidamente al dolor, y sucede al prurito el tormento. Ni lo ignoraba, pero lo disimulaba mientras se rascaba. Así desgarramos, así ulceramos con nuestras propias manos las almas infelices: salvo que tanto más grave, cuanto más excelente es la criatura espiritual; y a la que más difícilmente se le puede curar. Ni tampoco hacemos esto por enemistad, sino por un cierto estupor de insensibilidad interna. Pues el alma derramada no siente los daños interiores; porque ni está dentro, sino tal vez en el vientre, o bajo el vientre. Pues el ánimo de algunos se encuentra en los platos, el de otros en los bolsillos. Donde está tu tesoro, dice, allí está también tu corazón (Mat. VI, 21). ¿Qué maravilla, pues, si el alma no siente su propia lesión, que olvidada de sí misma, y completamente ausente de sí, ha partido a una región lejana? Pero habrá un retorno sin duda, ya sea después de la muerte: cuando todas las puertas

del cuerpo, por las que solía salir para vagar fuera y ocuparse inútilmente en la figura de este mundo que pasa, estén cerradas, de modo que necesariamente permanezca en sí misma, a quien ya no se le abre salida de sí misma. Pero ese retorno será ciertamente perniciosísimo, y miseria sempiterna, cuando ya se podrá tener penitencia, no se podrá hacer. Pues donde falte el cuerpo, no habrá acción. Ciertamente donde no haya acción, tampoco se podrá encontrar satisfacción alguna. Por lo tanto, tener penitencia es dolerse: pues hacer penitencia es el remedio del dolor. Pues no será posible levantar el corazón al cielo con las manos, careciendo de manos; sino que quien no haya vuelto a sí mismo antes de la muerte de la carne, necesariamente permanecerá en sí mismo para siempre. Pero, ¿en qué sí mismo? Tal como se haya hecho a sí mismo en esta vida, tal como se haya encontrado saliendo de esta vida: salvo que tal vez será a veces peor: pues nunca será mejor. Pues tiene que recibir de nuevo el cuerpo que ahora deja, no obstante, no para penitencia, sino para pena: donde ciertamente la condición del pecado y de la carne parecerá de algún modo similar: de modo que así como la culpa siempre podrá ser castigada, y nunca podrá ser expiada; así tampoco los tormentos en el cuerpo podrán alguna vez terminar, ni el cuerpo mismo podrá ser aniquilado en los tormentos. Con razón, ciertamente, la venganza sempiterna se desatará, porque nunca podrá borrarse la culpa; ni la sustancia de la carne se extinguirá, para que no se vea obligada también a terminar la aflicción de la carne. Estas cosas, hermanos míos, quien las teme, las evita; quien las descuida, cae en ellas.

CAPÍTULO V. Que el gusano de la conciencia debe ser sentido y sofocado en el presente, no fomentado y nutrido en inmortalidad.

7. Para que volvamos a la voz de donde partimos, nos conviene ciertamente volver al corazón, mientras allí el camino, por el que nos muestre su salvación, quien con tanto empeño de piedad llama allí a los transgresores. Ni debe ser molesto sentir mientras tanto las mordeduras del gusano interno; ni una cierta peligrosa ternura del ánimo [o amargura], y perniciosa blandura puede persuadirnos a disimular la molestia presente. Es óptimo que el gusano se sienta entonces, cuando también pueda ser sofocado. Así que muera ahora para que muera, y poco a poco deje de morder muriendo. Que roa mientras tanto la podredumbre, para que roendo la consuma, y él mismo también sea consumido, no sea que comience a ser fomentado en inmortalidad. Su gusano no morirá, y su fuego no se apagará (Isa. LXVI, 24). ¿Quién soportará ante ellos la cara de esos mordiscos? Pues ahora múltiples consuelos de la conciencia que acusa alivian el tormento. Dios es benigno, que no permite que seamos tentados más allá de lo que podemos, ni permite que este gusano malignice más allá de lo debido. Y especialmente al principio de la conversión, unge las llagas con el aceite de la misericordia: para que ni la cantidad de la enfermedad, ni la dificultad de la curación se hagan más conocidas de lo que conviene; más bien parece sonreír cierta facilidad, que luego se desvanece, cuando ya se da una fuerte lucha a los que tienen sentidos ejercitados, para que venzan, y aprendan que la sabiduría es más poderosa que todo. Mientras tanto, ciertamente, escuchando alguien la voz del Señor: Volved, transgresores, al corazón (Isa. XLVI, 8), y descubriendo tantas obscenidades en el aposento interior, se esfuerza por examinar cada una, y el curioso investigador explora por qué entrada han fluido estas cosas; y no es difícil ver el agujero, más bien los agujeros al que contempla. Pero tampoco le añade poco dolor esta consideración, cuando se descubre que esta muerte ha entrado por sus propias ventanas. Pues parece haber cometido muchas cosas la petulancia de los ojos, muchas el prurito de los oídos, muchas también el placer de oler, gustar y tocar. Pues los vicios espirituales, de los que hemos hablado antes, difícilmente los examina aún como son, el carnal. De donde resulta, que los que son más graves, o los siente menos, o nada, y no tanto por el recuerdo de la soberbia o la envidia, como por la de los actos flagiciosos o criminales es mordido.

CAPÍTULO VI. Representa gráficamente la dificultad de la conversión, y la lucha del que se dispone a arrepentirse.

8. Y he aquí de nuevo una voz de las nubes diciendo: Pecaste, detente. Y lo que se dice, es tal. Ya la sentina rebosante contamina toda la casa con un hedor intolerable: es vano para ti, mientras aún fluyen las inmundicias, vaciarla; mientras no dejes de pecar, arrepentirte.

¿Quién aprobará los ayunos de aquellos que ayunan para pleitos y contiendas, y golpean con el puño impiamente, pero también se encuentran en ellos voluntades y placeres propios? No es tal el ayuno que elegí, dice el Señor (Isa. LVIII, 5). Cierra las ventanas, cierra las entradas, obstruye diligentemente los agujeros; y así finalmente, no entrando nuevas, podrás expurgar las inmundicias antiguas. El hombre estima fácil lo que se le manda cumplir, como ignorante del ejercicio espiritual. ¿Quién prohibirá, dice, que mande a mis miembros? Impone, pues, ayunos a la gula, prohíbe la crápula, ordena tapar los oídos para que no oigan sangre, aparta los ojos para que no vean vanidad; extiende las manos no a la avaricia, sino más bien a la limosna, a las que tal vez quiera imponer trabajo, prohibiendo los robos, como está escrito: El que robaba, ya no robe, más bien trabaje con sus manos lo que es bueno, para que tenga de qué dar al necesitado (Efes. IV, 28).

9. Sin embargo, mientras promulga leyes y propone decretos a cada uno de sus miembros de esta manera, interrumpen de repente la voz del que manda y, con un solo impulso, claman: ¿De dónde viene esta nueva religión? Ordenas hacer lo que te plazca. Pero se encontrará quien se oponga a los nuevos decretos, quien contradiga las nuevas leyes. ¿Quién es, pues, ese?, pregunta. Y ella responde: Sin duda, es aquella que yace paralítica en casa y está mal atormentada. Pues es ella, si no lo sabes, a quien nos destinaste hace tiempo para obedecer sus concupiscencias. El infeliz palideció al oír esta voz y, confundido, enmudeció. Pues su espíritu estaba angustiado en él. Y los miembros, sin demora, se acercan a su desdichada señora para interceder cruelmente contra el Señor y quejarse de órdenes más duras. El estómago se lamenta de la moderación impuesta, del placer prohibido de la glotonería. El ojo se queja de las lágrimas impuestas, de la petulancia prohibida. Mientras estos y otros similares prosiguen, la voluntad, excitada y fuertemente exacerbada, dice: ¿Es un sueño o una fábula lo que narráis? Entonces, la lengua, encontrando el momento oportuno para su queja, dice: En verdad, es como habéis oído. Pues también a mí se me ha ordenado callar sobre fábulas y mentiras, y no hablar de aquí en adelante sino de lo serio, o más bien de lo absolutamente necesario.

10. Entonces, la anciana, furiosa y olvidada de toda su debilidad, avanza con el cabello erizado, la vestidura rasgada, el pecho desnudo, rascándose las llagas, rechinando los dientes y secándose, infectando el mismo aire con sus soplos virulentos. ¿Cómo no se va a confundir, si queda algo de razón, ante tal encuentro e incursión de la miserable voluntad? Esta, dice, es toda la fidelidad de tu matrimonio, ¿así compadeces al que sufre mal? ¿Hasta tal punto te has abstenido de añadir sobre el dolor de mis heridas? Quizás parecía necesario sustraer algo de la dote desmedida; pero, ¿qué queda al quitar esto? Solo a esta miserable enferma le has concedido, y todos sus servicios, como alguna vez supiste que estaban distribuidos. Ahora bien, si por casualidad pudiste olvidar la triple malignidad de esta enfermedad que padezco, no así yo. Pues soy voluptuosa, curiosa, ambiciosa; y de esta triple llaga no hay en mí salud desde la planta del pie hasta la cabeza. Así que la garganta y las partes obscenas del cuerpo están asignadas al placer, ya que es necesario enumerar cada una como si fuera de nuevo. Pues al pie vagabundo y al ojo indisciplinado sirven a la curiosidad. Pero al oído y a la lengua sirven a la vanidad, mientras por aquella el aceite del pecador engorda mi cabeza, por esta suplo lo que en mis alabanzas otros parecen haber hecho menos. Pues me deleito mucho en

recibir de otros, y, cuando puedo oportunamente, también en transmitir a otros mis alabanzas, deseando siempre ser proclamada por mi propia boca y la ajena. A esta enfermedad en particular, tu ingenio también suele aplicar muchos fomentos. Además, las mismas manos, que tienen libre movimiento por todas partes, no las destinamos a una obra en particular, sino que a veces sirven diligentemente a la vanidad, a veces a la curiosidad, a veces al placer. Con estas cosas así dispuestas, nunca pudieron satisfacerme todas estas cosas ni siquiera en una sola, porque el ojo no se sacia de ver, ni el oído se llena de oír. Y ojalá que, al mirar, todo el cuerpo se convirtiera en ojo, o al comer, todos los miembros se transformaran en garganta. ¿Entonces me arrebatarías ese poco de consuelo que de alguna manera mendigo? Dijo, y retirándose con indignación y furia: Lo sostengo, dijo, y lo sostendré por mucho tiempo.

11. Ahora bien, la misma aflicción da entendimiento a la razón, ya se conoce en parte la dificultad de este asunto, ya la facilidad presumida se desvanece. Pues ve la memoria llena de inmundicias; ve que otras y otras suciedades fluyen abundantemente; ve que las mismas ventanas de la muerte no pueden cerrarse en absoluto; y que la voluntad, aún débil, preside y domina, de cuyas llagas ha fluido toda la podredumbre. Finalmente, ve el alma contaminada, no por otro, sino por su propio cuerpo, y no por otra cosa que por sí misma. Pues hay algo en el alma, como la memoria que se infecta, así la misma voluntad que infecta. Finalmente, toda ella no es otra cosa que razón, memoria y voluntad. Ahora bien, la razón, menos capaz, ciega de algún modo, porque hasta ahora no ha visto estas cosas; completamente débil, porque ni siquiera puede reparar lo que ha reconocido; y la memoria, sumamente sucia y fétida; y la voluntad, débil y brotando por todas partes de horrendas llagas. Pero para que no quede nada de todo lo que es del hombre, incluso el mismo cuerpo es rebelde: y cada miembro es una ventana por la que la muerte entra al alma, y la misma confusión crece incesantemente.

CAPÍTULO VII. Aliento de consolación para los pobres de espíritu o para quien reconoce la miseria del alma.

12. Escuche, pues, el alma, cualquiera que sea de este tipo, la voz divina, y escuche con asombro y admiración diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). ¿Quién es más pobre de espíritu que aquel que en todo su espíritu no encuentra descanso, no encuentra dónde reclinar la cabeza? Este también es el consejo de piedad, que quien se desagrada a sí mismo, agrade a Dios, y quien odia su propia casa, ciertamente llena de inmundicia e infelicidad, sea invitado a la casa de la gloria, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos. Y no es de extrañar si ante la magnitud de esta dignación se estremece, si le cuesta creer lo que oye, si con vehemente asombro se admira, y dice: ¿Acaso la miseria hace bienaventurado al hombre? Sin embargo, quienquiera que seas de este tipo, no desesperes. No es la miseria, sino la misericordia la que hace bienaventurado: pero la propia sede de esta es la miseria. O ciertamente que la misma miseria haga bienaventurado, para que la humillación pase a la humildad, la necesidad a la virtud. Lluvia voluntaria, dice, separarás, Dios, para tu heredad; y se debilitó, pero tú la perfeccionaste (Sal. LXVII, 10). Una debilidad ciertamente útil, que requiere la mano del médico: y quien se debilita saludablemente, Dios lo perfecciona. Pero como no hay camino al reino de Dios sin las primicias del reino, ni puede esperar el reino celestial quien aún no ha sido concedido a reinar sobre sus propios miembros; sigue la voz diciendo, Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra (Mat. V, 4); como si dijera más claramente: Mitiga los feroces movimientos de la voluntad, y procura que la cruel bestia se amanse. Estás atado: procura desatar lo que de ninguna manera puedes romper. Es tu Eva. No podrás hacer violencia, ni ofenderme hasta ese punto.

CAPÍTULO VIII. Que los placeres carnales y las riquezas son completamente vanos, engañosos y momentáneos.

13. Sin demora, respirando el hombre entre estas palabras, y considerando esto también más fácilmente, aunque avergonzado, se acerca y trata de apaciguar a la víbora encendida. Acusa las seducciones de la vida carnal, y acusa las consolaciones mundanas de futilidad, como exiguas e indignas, pero también brevísimas y perniciosísimas para todos sus amantes. Sobre esto, dice, confiesa tú misma, sierva malvada e inútil. Pues no puedes negar que ni siquiera en lo mínimo todos sus servicios pudieron alguna vez satisfacerte. El placer de la garganta, que hoy se estima tanto, apenas ocupa la anchura de dos dedos: y cuánta es la delectación de una parte tan pequeña, ¿con cuánta preocupación se prepara, cuánta molestia produce después? De aquí se dilatan monstruosamente los riñones y los hombros, de aquí los vientres hinchados no tanto se engordan, como se preñan de ruina: y mientras el peso de la carne no sostiene los huesos, también se generan diversas enfermedades. Así, el abismo seductor de la lujuria, ¿con cuántos trabajos y gastos, a veces incluso con peligro de fama o de honor, o incluso de la misma vida, se obtiene? para que un vapor sulfuroso ardiente por un momento agite con sus estímulos, y un enjambre de abejas voladoras, cuando ha derramado su miel mal agradable, golpee con un mordisco demasiado tenaz los corazones heridos: cuyo apetito se reconoce lleno de ansiedad y locura, el acto de abominación e ignominia, el final de arrepentimiento y vergüenza.

14. Pero los espectáculos vanos, pregunto, ¿qué proporcionan al cuerpo, qué parecen conferir al alma? Pero ciertamente no encontrarás nada en el hombre en lo que la curiosidad sea útil. Una consolación completamente frívola, vana y trivial: y no sé qué desearle más duro, que siempre tenga algo que buscar, quien huyendo de la paz del descanso placentero, se deleita en la inquietud curiosa. Es claro, ciertamente, incluso por esto mismo, que no hay deleite en todas estas cosas, cuyo solo tránsito agrada. Sin embargo, la vanidad de las vanidades, cuán nada es, se juzga más claramente incluso por su propio nombre. Un trabajo vano, ciertamente, que se asume por el estudio de la vanidad. "Oh gloria, gloria," dice el sabio, "en miles de mortales nada más que una vana inflación de oídos! (BOECIO, De consolatione, lib. III, prosa 6.)" Y sin embargo, ¿cuánta infelicidad crees que produce esta misma vanidad no tan feliz, como vana felicidad? De aquí, pues, la ceguera del corazón, como está escrito: Pueblo mío, los que te bendicen, te inducen al error (Isaías III, 12). De aquí el furor obstinado de la animosidad, de aquí el ansioso trabajo de la sospecha, de aquí el cruel tormento de la envidia, y el más miserable que lamentable tormento de la envidia ardiente: de aquí el amor insaciable de las riquezas atormenta mucho más el alma con el deseo, que la refrigera con su uso; ya que su adquisición se encuentra de hecho en el trabajo, su posesión en el temor, su pérdida llena de dolor. Finalmente, donde hay muchas riquezas, también hay muchos que las consumen (Eclesiastés V, 10): y el uso de las riquezas está en otros, a los ricos solo les queda el nombre y la preocupación. Y en todas estas cosas, por tan exiguas, o más bien no exiguas, sino nulas, despreciar la gloria que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, que Dios ha preparado para los que le aman, parece ser no tanto de insensatez como de infidelidad.

15. Y no sin razón, ciertamente, este mundo puesto en maldad, engaña con vana promesa a las almas olvidadas de su propia condición y nobleza, que no se avergüenzan de ser sometidas al servicio de los cerdos, de ser asociadas en deseo, ni así saciarse con el infeliz alimento. ¿De dónde, pues, esta tanta pusilanimidad y tan miserable abyección, que la egregia criatura, capaz de eterna bienaventuranza y gloria del gran Dios, como quien ha sido creada por inspiración, marcada por semejanza, redimida por sangre, dotada de fe, adoptada por el espíritu, no se avergüenza de llevar esta miserable servidumbre bajo la podredumbre de los sentidos corporales? Con razón, ciertamente, no puede alcanzar ni siquiera a aquellos que,

abandonando tal esposo, siguen a tales amantes. Con razón, tuvo hambre de algarrobas y no las recibió quien prefirió apacentar cerdos que saciarse con los banquetes paternos (Lucas XV, 16). Un trabajo insano, ciertamente, alimentar a la estéril que no da a luz, y no querer beneficiar a la viuda: omitir el cuidado del corazón, y ocuparse del cuidado de la carne en deseo: engordar y nutrir un cadáver podrido, que pronto se convertirá en alimento de gusanos, no se duda en absoluto. Pues servir a Mammón, y cultivar la avaricia, que es idolatría, o seguir la vanidad, ¿quién no sabe que es indicio de un alma degenerada?

16. Sin embargo, que sean grandes y honorables las cosas que el mundo parece otorgar a sus amantes: pero, ¿quién no sabe que son infieles? Ciertamente, su brevedad es segura, y el fin de esa misma brevedad es incierto. A menudo abandonan al viviente: pues al moribundo rara vez lo siguen. ¿Qué, pues, en las cosas humanas es más seguro que la muerte, qué más incierto que la hora de la muerte se encuentra? No se compadece de la pobreza, no respeta las riquezas, no perdona a ningún linaje, ni a las costumbres, ni siquiera a la misma edad: excepto que a los ancianos está en las puertas, a los jóvenes en las emboscadas. Por tanto, infeliz, quien confiando en las tinieblas y el resbaladizo de esta vida, gasta su esfuerzo en lo que perecerá; y no advierte que es un vapor que aparece por un poco, y vanidad de vanidades. ¿Has obtenido finalmente, ambicioso, la dignidad que deseabas desde hace mucho tiempo? guarda lo que tienes. ¿Has llenado, avaro, tus bolsillos? sé cuidadoso de no perder. ¿Tu campo ha producido abundantes frutos? derriba tus graneros, para que construyas mayores; cambia lo cuadrado por lo redondo, di a tu alma: Tienes muchos bienes guardados para muchos años. Pues habrá quien diga: Necio, esta noche te pedirán tu alma: lo que has preparado, ¿de quién será? (Lucas XII, 19, 20.)

17. Y ojalá que solo lo acumulado pereciera, y no peor, también pereciera el mismo acumulador de ellos. Sería ciertamente más tolerable sudar por un trabajo que perecerá, que por uno que destruirá. Pero ahora, el salario del pecado es la muerte: y quien siembra en la carne, de la carne cosechará corrupción. Pues nuestras obras no pasan, como parecen: sino que cada cosa temporal se siembra como semillas de eternidad. El insensato se asombrará cuando vea que de esta pequeña semilla surge una abundante cosecha, ya sea buena o mala, según la diversa calidad de la siembra. Quien piensa esto, no considera en absoluto que haya pecado pequeño, que más bien estima la futura cosecha que la siembra. Por tanto, siembran mientras no saben, y siembran mientras ocultan los misterios de la iniquidad, mientras ocultan los consejos de la vanidad, mientras recorren en las tinieblas los negocios de las tinieblas.

CAPÍTULO IX. Que es imposible que el pecador se oculte.

18. Las paredes, dice, están por todas partes: ¿quién me ve? Sea, nadie te vea: pero no nadie. Te ve el ángel malo, te ve el ángel bueno, te ve Dios, mayor que los buenos y los malos ángeles; te ve el acusador, te ve la multitud de testigos, te ve el mismo Juez, ante cuyo tribunal debes comparecer: bajo cuya mirada, ciertamente, querer delinquir es tan insano como horrendo caer en las manos del Dios viviente. No estés seguro: hay insidias ocultas, que no puedes ocultar. Hay, digo, insidias, que así como no puedes descubrir, tampoco puedes no ser descubierto. Ciertamente oye quien plantó el oído; y quien formó el ojo, él mismo considera (Sal. XCIII, 9). No impide los rayos de aquel Sol la pared de piedras, que él mismo creó; no excluye el mismo muro de este cuerpo la mirada de la verdad. Todo está desnudo a sus ojos, es más penetrante que una espada de dos filos. También discierne no solo las vías de los pensamientos, sino las médulas de las afecciones. Finalmente, si no inspeccionara toda la profundidad del corazón humano, y todo lo que en él se oculta, no temería tanto la sentencia del Señor quien ya no se siente culpable. Para mí, dice, es de poca

importancia ser juzgado por vosotros, o por el día humano, pero ni siquiera me juzgo a mí mismo. Pues no soy consciente de nada contra mí, pero no por esto soy justificado. Quien me juzga es el Señor (I Cor. IV, 3, 4).

19. Si tú, con el pretexto de una pared, o de cualquier simulación, te glorías de poder frustrar los juicios humanos; ten por seguro que no pasará por alto los verdaderos crímenes quien también suele acusar de falsos crímenes. Si temes tanto la conciencia de aquel que quizás, no obstante, te teme, de tu prójimo; mucho menos desprecies a aquellos para quienes la iniquidad es más odiosa, y la corrupción mucho más execrable. Si finalmente no temes a Dios, y solo reverencias los aspectos de los hombres, recuerda que el hombre Cristo no puede ignorar los hechos de los hombres: para que lo que no te atreverías a intentar en mi presencia, mucho menos te atrevas en su presencia; y lo que no digo que no te sería lícito, sino que ni siquiera te gustaría presumir viendo a un siervo, lo aborrezcas completamente al pensarlo en presencia del Señor. De lo contrario: si temes más el ojo de la carne, que la espada que tiene para devorar las carnes; y también ese temor que temes, te sucederá y te ocurrirá lo que temes. No hay nada oculto que no se revele, ni secreto que no se sepa (Luc. XII, 2). Las obras de las tinieblas serán acusadas de luz en luz; y no solo los secretos abominables de las obscenidades, sino los tratos inicuos de los que venden sacramentos, y los susurros fraudulentos de los que inventan engaños, y los que subvierten los juicios, quien conoce todo, lo hará conocido a todos; cuando aquel escudriñador del corazón y de los riñones comience a escudriñar Jerusalén con lámparas.

CAPÍTULO X. No solo evitando el mal, sino también haciendo el bien se obtiene la salvación.

20. ¿Qué, pues, harán, o más bien qué sufrirán los que han cometido crímenes, donde oirán, Id al fuego eterno (Mat. XXV, 41), los que no hicieron obras de piedad? ¿Cuándo será admitido a las bodas quien ni ciñó sus lomos para abstenerse del mal, ni sostuvo la lámpara para hacer el bien: cuando ni la integridad de la virginidad, ni la claridad de las lámparas podrá excusar la falta de aceite? o ¿qué tormentos se cree que permanecerán para aquellos que en esta vida no solo cometen males, sino quizás los peores; si así han de ser atormentados los que aquí recibieron bienes, que en medio de la llama con lenguas ardientes, ni siquiera pueden obtener el alivio de una mínima gota? Evitemos, pues, las malas obras, y no con la confianza de la red que encierra, pequemos libremente dentro de la Iglesia: sabiendo esto, que no todos los que la red arrastra, serán recibidos en las vasijas de los pescadores; sino que cuando lleguen a la orilla, elegirán los buenos en las vasijas, pero los malos los echarán fuera (Mat. XIII, 48). Y no contentos con este cinturón de los lomos, encendamos también nuestras lámparas, y trabajemos diligentemente en el bien, pensando que todo árbol, no solo el que ha hecho mal fruto, sino también el que no ha hecho buen fruto, será cortado y echado al fuego, ese fuego eterno, que está preparado para el diablo y sus ángeles.

21. Sin embargo, debemos apartarnos del mal y hacer el bien, buscando la paz y no persiguiendo la gloria. Esta última pertenece a Dios, y no la dará a otro. "Mi gloria, dice, no la daré a otro" (Isaías 42, 8). Y decía el hombre según el corazón de Dios: "No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria" (Salmo 113, 1). Recordemos también la Escritura que dice: "Si ofreces correctamente y no divides correctamente, has pecado" (Génesis 4, según la LXX). Es correcta, hermanos, nuestra división, que nadie la rechace. De lo contrario, si a alguien le desagrade, sepa que no es nuestra, sino de los ángeles. Pues los ángeles cantaron primero: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Lucas 2, 14). Guardemos, pues, aceite en nuestras lámparas, no sea que, al

golpear en vano las puertas cerradas de las bodas, escuchemos la amarga palabra y el esposo nos responda desde dentro: "No os conozco" (Mateo 25, 12). Aún así, la muerte está puesta, no solo junto a la iniquidad, la esterilidad, la vanidad, sino también junto a la entrada misma del placer. Por lo tanto, necesitamos fortaleza contra las tentaciones del pecado, para resistir al león rugiente fuertes en la fe, y rechazar valientemente sus dardos encendidos con este escudo. Necesitamos justicia para obrar el bien. Necesitamos prudencia para no ser reprobados con las vírgenes necias. Finalmente, necesitamos templanza para que, al no entregarnos a los placeres, no escuchemos algún día lo que aquel miserable, al terminar el esplendor de sus banquetes y vestidos, escuchó mientras pedía misericordia: "Recuerda, hijo, que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro males; ahora él es consolado aquí, y tú atormentado" (Lucas 16, 25). ¡Dios es ciertamente terrible en sus consejos sobre los hijos de los hombres! Pero, si es terrible, también se encuentra misericordioso, pues no oculta la forma del juicio futuro. El alma que pecare, esa morirá (Ezequiel 18, 4); la rama que no dé fruto será cortada (Juan 15, 2); la virgen que carezca de aceite será excluida de las bodas (Mateo 25, 12), y quien haya recibido bienes en esta vida será atormentado en la futura. Y si acaso se encuentran estas cuatro cosas en una sola persona, eso es claramente la desesperación extrema.

CAPÍTULO XI. Los que intentan convertirse son tentados más intensamente por sus vicios habituales, pero necesitan el duelo.

22. Estas y otras cosas similares sugiere la razón a la voluntad, tanto más abundantemente cuanto más perfectamente es instruida por la iluminación del espíritu. Feliz ciertamente aquel cuya voluntad cede y se somete al consejo de la razón, de modo que, concibiendo temor, se alimente luego con las promesas celestiales y dé a luz el espíritu de salvación. Pero tal vez se encuentre una voluntad rebelde y obstinada, no solo impaciente, sino también peor ante las advertencias, más dura ante las amenazas y más amarga ante los halagos. Se encontrará quizás una que, no movida por las sugerencias de la razón, sino incluso agitada por una grave furia, responda diciendo: ¿Hasta cuándo os soportaré? Vuestra predicación no me afecta. Sé que sois astutos, pero vuestra astucia no tiene lugar en mí. Tal vez incluso convocando a cada uno de sus miembros, les ordena obedecer más que nunca a las concupiscencias habituales, servir a las maldades. De aquí proviene lo que aprendemos diariamente por experiencia, que aquellos que deliberan convertirse son tentados más intensamente por la concupiscencia de la carne y son más gravemente presionados en las obras de barro y ladrillo, quienes intentan salir de Egipto y escapar del dominio del Faraón.

23. Ojalá, sin embargo, quien es así, se aparte de la impiedad y evite ese terrible abismo del que está escrito: "El impío, cuando llega al fondo de los males, desprecia" (Proverbios 18, 3). Se cura con una poción muy fuerte y fácilmente se pone en peligro, a menos que con mucha diligencia se esfuerce por obedecer los consejos del médico y observar sus preceptos. La tentación es vehemente y cercana a la desesperación, a menos que reúna todo y convierta su afecto a compadecerse de su alma, que ve tan miserable y digna de compasión, y escuche la voz que dice: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados" (Mateo 5, 4). Llore abundantemente, porque ha llegado el tiempo de llorar, y estas cosas son suficientes para absorber lágrimas continuas. Llore, pero no sin afecto de piedad y con la esperanza de consuelo. Considere que no encuentra descanso en sí mismo, sino que todo está lleno de miseria y desolación. Considere que no hay bien en su carne; pero también que en este mundo malo no hay nada más que vanidad y aflicción de espíritu. Considere, digo, que ni dentro, ni debajo, ni alrededor de él encuentra consuelo; para que al menos aprenda que debe buscarse arriba y esperarse desde lo alto. Llore ciertamente mientras lamenta su dolor, que sus ojos derramen corrientes de agua y que sus párpados no descansen. Sin duda, el ojo antes

nublado se purifica con lágrimas y se agudiza la vista para poder contemplar la claridad de la luz más serena.

CAPÍTULO XII. Cómo inducir suavemente la voluntad a amar y desear las cosas celestiales.

24. Desde aquí, ciertamente, que mire a través de la abertura, que observe a través de las celosías, que siga con la mirada el dulce rayo, y como un diligente imitador de los Magos, que busque la luz con la luz. Encontrará el lugar del tabernáculo admirable, donde el hombre comerá el pan de los ángeles; encontrará el paraíso de delicias plantado por el Señor; encontrará un jardín florido y muy agradable; encontrará un asiento de refrigerio, y dirá: ¡Oh, si esa miserable voluntad escuchara mi voz, para que entrando viera los bienes y visitara este lugar! Allí ciertamente encontrará un descanso más amplio, y también me inquietará menos a mí, cuanto menos se inquiete ella misma. Porque no miente quien dijo: "Tomad mi yugo sobre vosotros, y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mateo 11, 29). En la fe de esta promesa, que la aborde con dulzura, y con una cierta simulada alegría, que la convenza con espíritu de mansedumbre, diciendo: Cese por completo tu indignación. No soy yo quien pueda ofenderte. Tu cuerpo es tuyo, y yo también soy tuyo: no hay nada que temer, no hay nada que temer. Y no es de extrañar si acaso ella responde aún más amargamente, diciendo que muchas ideas te han llevado a la locura. Que lo soporte mientras tanto con ecuanimidad, y disimule por completo lo que sucede, hasta que, mientras habla, introduciendo unas cosas por otras, oportunamente en algún momento diga: Hoy he encontrado un jardín hermosísimo y un lugar muy agradable. Sería bueno que estuviéramos allí: pues te hace daño estar en este lecho de enfermedad, en este lecho de dolor, en este lecho tuyo con el corazón afligido. El Señor estará presente para quien lo busque, para el alma que espere en Él: estará presente a los votos suplicantes, y dará eficacia a sus palabras. Se despertará el deseo de la voluntad, de modo que no solo desee ver el lugar, sino también entrar poco a poco y hacer allí su morada.

CAPÍTULO XIII. Los convertidos son refrescados con la maravillosa dulzura y delicias de la vida piadosa y espiritual.

25. No pienses, sin embargo, que este lugar es un paraíso corporal de deleite interno. No se entra en este jardín con los pies, sino con los afectos. No se te encomienda la abundancia de árboles terrenales, sino la plantación agradable y decorosa de virtudes espirituales. Un jardín cerrado, donde una fuente sellada se deriva en cuatro cabezas, y de una sola vena de sabiduría procede la virtud cuádruple. También allí florecen los lirios más espléndidos: y cuando aparecen las flores, también se escucha la voz de la tórtola. Allí el nardo de la esposa proporciona un aroma muy fragante, y también fluyen los demás aromas; soplando el austro, y el aquilón siendo ahuyentado. Allí en medio está el árbol de la vida, ese manzano del Cantar, más precioso que todos los árboles de los bosques, cuya sombra refresca a la esposa, y su fruto es dulce a su paladar (Cantar de los Cantares 2, 3). Allí el brillo de la continencia y la mirada sincera de la verdad irradian los ojos del corazón: también al oído le da gozo y alegría la dulcísima voz del consolador interno. Allí, a ciertas narices de esperanza, llega el agradabilísimo olor del campo lleno, al que el Señor ha bendecido. Allí se prueban ávidamente las incomparables delicias de la caridad; y cortadas las espinas y zarzas que antes herían, el alma, ungida con la misericordia, descansa felizmente en buena conciencia. Estas cosas no se cuentan entre las recompensas de la vida eterna, sino entre los estipendios de la milicia temporal; no pertenecen al futuro, sino más bien a la promesa de la Iglesia que es ahora. Esto es el ciento por uno, que en este siglo se da a los que desprecian el mundo (Mateo 19, 29). No esperes que esto te sea recomendado por nuestra elocuencia. Solo el espíritu lo revela: en vano consultas la página; busca más bien la experiencia. Es sabiduría cuyo precio el hombre no conoce. Se extrae de lo oculto, y esta dulzura no se encuentra en la tierra de los

que viven suavemente. Sin duda, es la dulzura del Señor: si no la pruebas, no la verás. "Gustad, dice, y ved que el Señor es bueno" (Salmo 33, 9). Es el maná escondido, el nombre nuevo, que nadie conoce sino el que lo recibe. No lo enseña la erudición, sino la unción: no lo comprende la ciencia, sino la conciencia. Es santo, son perlas, y no hará él mismo lo que prohíbe (Mateo 7, 6), quien comenzó a hacer y enseñar. Pues no considera ya perros o cerdos a quienes, renunciando a sus crímenes y flagicios anteriores, también los consuela por medio del Apóstol, diciendo: "Esto erais algunos, pero habéis sido lavados, pero habéis sido santificados" (1 Corintios 6, 11). Solo que tenga cuidado de no volver el perro a su vómito, ni la cerda lavada a revolcarse en el lodo.

CAPÍTULO XIV. En las cosas terrenales no hay ninguna sociedad que no esté unida al hastío: pero los deseos celestiales siempre crecen con la experiencia.

26. En la puerta de este paraíso se escucha la voz de un susurro divino, un consejo sagrado y secretísimo, que está oculto a los sabios y prudentes, y se revela a los pequeños. De cuyo sonido no solo la razón lo capta, sino que lo comunica con gratitud a la voluntad. "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mateo 5, 6). Un consejo ciertamente altísimo y un sacramento inestimable. Una palabra fiel y digna de toda aceptación, que nos ha venido del cielo desde las sedes reales. Pues ha habido una gran hambre en la tierra, y todos ya no hemos comenzado a carecer, sino que hemos llegado a la extrema indigencia. Finalmente, hemos sido comparados con los animales insensatos y nos hemos hecho semejantes a ellos: incluso deseamos insaciablemente las algarrobas de los cerdos. Quien ama el dinero, no se sacia; quien ama la lujuria, no se sacia; quien busca la gloria, no se sacia; finalmente, quien ama el mundo, nunca se sacia. Conozco a hombres saciados de este mundo y que sienten náuseas ante su mero recuerdo. Conozco a quienes están saciados de dinero y saciados de honores, saciados de placeres y curiosidades de este mundo, no moderadamente, sino hasta el hastío. Y es fácil para cualquiera de nosotros obtener esta saciedad por la gracia de Dios. Pues no la produce la abundancia, sino el desprecio. Así, hijos insensatos de Adán, al devorar las algarrobas de los cerdos, no alimentáis vuestras almas hambrientas, sino que alimentáis el hambre misma de vuestras almas. Solo con este alimento se nutre vuestra inanición, solo el hambre se alimenta con un alimento antinatural. Y lo digo más claramente con un ejemplo, tomando uno de los muchos que la vanidad humana desea, los corazones de los hombres no se saciarán de oro antes de que los cuerpos se sácien de aire. Y que no se indigne el avaro: y de los ambiciosos y lujuriosos, incluso de los criminales, es la misma sentencia. Si alguien no me cree, que crea a la experiencia, ya sea propia o de muchos.

27. ¿Quién de vosotros, hermanos, desea saciarse y desea que se cumpla su deseo? Comience a tener hambre de justicia, y no podrá no saciarse. Desea aquellos panes que abundan en la casa del padre; y encontrará que inmediatamente le desagradan las algarrobas de los cerdos. Que se esfuerce por probar siquiera un poco el gusto de la justicia, para que por ello mismo desee más, y merezca más, como está escrito: "El que me come, aún tendrá hambre; el que me bebe, aún tendrá sed" (Eclesiástico 24, 29). Pues este deseo es más afín al espíritu y más natural, ocupa más vehementemente el corazón humano, y expulsa valientemente los demás deseos. Así, ciertamente, el más fuerte vence al fuerte armado, así un clavo suele ser extraído por otro clavo. Bienaventurados, pues, los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. No aún con aquella justicia con la que el hombre no se saciará y vivirá; pero sí con todas las demás cosas que antes fueron insaciablemente deseadas: para que desde entonces la voluntad, al dejar de reclamar el cuerpo para servir a las concupiscencias anteriores, se exponga por completo a la razón, más bien la inste a servir a la justicia en

santificación, con no menos celo del que antes había mostrado para servir a la iniquidad para la iniquidad.

CAPÍTULO XV. La memoria debe ser purgada de las manchas de los pecados con la confianza en la misericordia divina.

28. Sin embargo, ya con la voluntad cambiada, y el cuerpo sometido a servidumbre, como si el manantial se hubiera secado ya en cierta medida, y el orificio se hubiera taponado, queda aún un tercer y gravísimo asunto, a saber, la purificación de la memoria y el vaciado de la sentina. ¿Cómo se borrará de mi memoria mi vida? Un pergamino vil y delgado tal vez absorba por completo la tinta: ¿con qué arte se borrará después? Pues no ha teñido solo la superficie; sino que la ha impregnado por completo. En vano intentaría rasparla: antes se rasgará el papel que se borren los caracteres insertos. Pues tal vez la memoria misma podría ser borrada por el olvido, de modo que, estando privado de razón, no recordara lo que he cometido. Sin embargo, para que la memoria permanezca intacta, y las manchas de ella sean borradas, ¿qué navaja podría lograrlo? Solo la palabra viva y eficaz, más penetrante que toda espada de dos filos. "Tus pecados te son perdonados". Murmure el fariseo, y diga: "¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios?" (Marcos 2, 5, 7). Pues para mí, quien lo dice es Dios, y no se considerará a otro igual a Él, quien ha encontrado todo el camino de la disciplina, y la ha dado a Jacob su siervo, y a Israel su amado (Baruc 3, 37): después de esto fue visto en la tierra, y convivió con los hombres. Su indulgencia borra el pecado, no para que se borre de la memoria, sino para que lo que antes solía estar presente e infectar, así de ahora en adelante esté en la memoria, sin que de ningún modo la descolore. Pues ahora recordamos muchos pecados, ya sean cometidos por nosotros o por otros: pero los propios ciertamente manchan, los ajenos no dañan. ¿Por qué esto, sino porque en estos nos avergonzamos singularmente, tememos que nos sean imputados singularmente? Quita la condenación, quita el temor, quita la confusión; todas estas cosas las quita el pleno perdón: y no solo no dañarán, sino que también cooperarán para el bien, para que le demos devotas gracias a quien perdonó.

CAPÍTULO XVI. La misericordia divina se obtiene, teniendo misericordia primero de uno mismo; luego del prójimo.

29. Ya al que suplica por ella, se le responde adecuadamente: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia" (Mateo 5, 7). Ten misericordia, pues, de tu alma, si deseas que Dios tenga misericordia de ti. Lava cada noche tu lecho, recuerda regar tu lecho con tus lágrimas. Si te compadeces de ti mismo, si trabajas en el gemido de la penitencia (este es el primer grado de misericordia), ciertamente alcanzarás misericordia. Pero si acaso eres un gran y gran pecador, y buscas una gran misericordia y una multitud de misericordias; también tú esfuérzate por magnificar y multiplicar tu misericordia, reconcíliate contigo mismo: pues también te habías hecho gravoso a ti mismo, por estar en oposición a Dios. Desde aquí, ciertamente, en la casa propia restaurada la paz, es necesario que primero se dilate hacia los prójimos, para que finalmente te bese también él con el beso de su boca, y, como está escrito, reconciliado tengas paz con Dios (Romanos 5, 1). Perdona a quienes han pecado contra ti, y te será perdonado lo que tú mismo pecaste, mientras con conciencia segura ores al Padre, y digas: "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mateo 6, 12). Si acaso has defraudado a alguien, devuelve al menos lo simple: lo que sobra, dalo a los pobres, y al mostrar misericordia alcanzarás misericordia. Si tus pecados fueran como el escarlata, serán blanqueados como la nieve; y si fueran rojos como el carmesí, serán como lana blanca (Isaías 1, 18). Para que no te avergüences de todas tus invenciones con las que has prevaricado, en las que ahora te avergüenzas; haz limosna, si no puedes de la sustancia terrenal, de la buena voluntad: y todo será limpio; no solo la razón

iluminada, y la voluntad corregida, sino también la memoria misma será limpia: para que desde aquí ya seas llamado al Señor, y escuches la voz que dice: "Bienaventurados los de limpio corazón" (Mateo 5, 8).

CAPÍTULO XVII. Los ojos del corazón deben ser continuamente limpiados, para que Dios pueda ser visto.

30. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Ibid.). Gran promesa, hermanos míos, y digna de ser deseada con todos los deseos. Esta visión es confirmación, como dice el apóstol Juan: Ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es (1 Juan 3, 2). Esta visión es la vida eterna, como la misma Verdad dice en el Evangelio: Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan 17, 3). Odiosa mancha, que nos priva de esta visión bienaventurada, y execrable negligencia, con la que descuidamos la purificación de ese ojo. Así como nuestra visión corporal se ve impedida por la humedad interior o por la inyección exterior de polvo, así también la mirada espiritual se turba a veces por las tentaciones de la carne propia, a veces por la curiosidad y la ambición mundanas. Esto nos lo enseña tanto nuestra propia experiencia como la página divina, donde se lee: El cuerpo que se corrompe, pesa sobre el alma, y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. 9, 15). En ambos casos, lo único que debilita y confunde la vista es el pecado: no parece haber otra cosa que separe al ojo de la luz, al hombre de Dios. Mientras estemos en este cuerpo, estamos ausentes del Señor. No es culpa del cuerpo, de este cuerpo de muerte que llevamos; más bien, es porque la carne es el cuerpo del pecado, en el que no hay bien, sino más bien la ley del pecado. Sin embargo, a veces el ojo corporal, aunque ya no tenga la paja, sino que haya sido quitada o soplada, parece nublarse por un tiempo: esto también lo experimenta a menudo el ojo interior que camina en el espíritu. Porque no es que, al extraer el hierro, la herida se cure de inmediato: sino que entonces es necesario aplicar remedios y dedicarse a la curación. Nadie, pues, al vaciar la sentina, debe considerarse inmediatamente limpio: más bien, debe saber que necesita muchas purificaciones. No solo debe lavarse con agua, sino también purificarse y examinarse con fuego, para que pueda decir: Pasamos por el fuego y el agua, y nos sacaste a un lugar de refrigerio (Sal. 65, 12). Bienaventurados, pues, los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios: ahora, ciertamente, a través de un espejo en enigma; pero en el futuro, cara a cara, cuando la pureza de nuestro rostro haya sido consumada, para que Él se lo presente glorioso, sin mancha ni arruga.

CAPÍTULO XVIII. Los pacificadores son merecidamente bienaventurados con el nombre de hijos de Dios.

31. Donde oportunamente se añade de inmediato: Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mat. 5, 9). Hay un hombre pacífico, que devolviendo bien por bien, en cuanto depende de él, no quiere dañar a nadie. Hay otro paciente, que no devolviendo mal por mal, también es capaz de soportar al que le hace daño. Y hay un pacificador, que devolviendo bien por mal, está dispuesto a beneficiar al que le hace daño. El primero es pequeño y se escandaliza fácilmente: y no es fácil que alguien así pueda obtener la salvación en este mundo malvado y lleno de escándalos. El segundo, como está escrito, en su paciencia posee su alma (Luc. 21, 19). Pero el tercero no solo posee la suya, sino que también gana las almas de muchos. El primero, en cuanto depende de él, tiene paz; el segundo mantiene la paz, el tercero hace la paz. Por tanto, merecidamente se le llama bienaventurado con el nombre de hijo, porque ha cumplido la obra del hijo, para que después de su propia

reconciliación no ingrata, también reconcilie a otros con su Padre: pues quien bien ha servido, adquiere para sí un buen grado (1 Tim. 3, 13); y no se debe creer que hay un grado mejor en la casa del padre que el de hijo. Porque si somos hijos, también herederos: herederos de Dios, coherederos con Cristo (Rom. 8, 17), para que, como Él dice, donde Él esté, allí esté también su servidor (Juan 12, 26). Os hemos fatigado con la prolijidad del discurso, y os hemos retenido más de lo debido. Desde ahora, parece que el fin de nuestra locuacidad, que no impone la vergüenza, lo impone la hora. Recordad, sin embargo, al Apóstol, a quien leéis que alguna vez prolongó la palabra de predicación hasta la medianoche. Ojalá aún, para usar sus palabras, soportéis un poco de mi insensatez. Porque os celo con celo de Dios (2 Cor. 11, 1, 2).

CAPÍTULO XIX. Reprende severamente a los ambiciosos, que temeraria e indignamente usurpan las funciones sagradas de la Iglesia.

32. Hijitos, ¿quién os mostrará cómo huir de la ira venidera? Nadie merece más la ira que el amigo que se hace pasar por enemigo. Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre, hombre unánime, que conmigo compartías dulces alimentos, que en el plato metiste la mano conmigo? No tienes parte en la oración, en la que ora al Padre y dice: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. 23, 34). ¡Ay de vosotros que quitáis la llave no solo del conocimiento, sino también de la autoridad! ni entráis vosotros, y de muchas maneras impedís a los que debíais introducir. Porque quitáis y no recibís las llaves. De quienes el Señor se queja por el profeta: Ellos reinaron, pero no por mí: príncipes surgieron, y yo no los llamé (Oseas 8, 4). ¿De dónde tanto ardor de prelación, de dónde tanta impudencia de ambición, de dónde tanta locura de presunción humana? ¿Se atrevería alguno de vosotros a ocupar los ministerios de cualquier príncipe terrenal, sin que él lo ordene o incluso prohibiéndolo, a usurpar beneficios, a dispensar negocios? No pienses que Dios aprueba lo que en su gran casa soporta de los vasos de ira aptos para la destrucción. Muchos vienen, pero considera quién es llamado. Atiende al mismo orden del discurso del Señor. Bienaventurados, dice, los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios: y luego, Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mat. 5, 8, 9). El Padre celestial llama a los de corazón limpio, que no buscan lo suyo, sino lo de Jesucristo: ni lo que les es útil, sino lo que es para muchos. Pedro, dice, ¿me amas? Señor, tú sabes que te amo. Apacienta, dice, mis ovejas (Juan 21, 17). ¿Cuándo, pues, confiaría las ovejas tan amadas a quien no ama? Sin duda, se busca entre los dispensadores que se halle alguno fiel. ¡Ay de los ministros infieles, que aún no reconciliados, se apropian de los negocios de la reconciliación ajena, como si fueran hombres que han hecho justicia! ¡Ay de los hijos de la ira, que se proclaman ministros de la gracia! ¡Ay de los hijos de la ira, que no temen usurpar para sí los grados y nombres de los pacificadores! ¡Ay de los hijos de la ira, que se mienten a sí mismos como mediadores fieles de la paz, para comer los pecados del pueblo! ¡Ay de los que, caminando en la carne, no pueden agradar a Dios, y presumen querer aplacarlos!

33. No nos asombramos, hermanos, quienes lamentamos el estado presente de la Iglesia; no nos asombramos de la raíz de la serpiente que surge como un basilisco. No nos asombramos si vendimia la viña del Señor, quien pasa por alto el camino instituido por el Señor. Pues impudicamente ocupa el grado de pacificador y las funciones de hijo de Dios el hombre que ni siquiera ha escuchado aún la primera voz del Señor llamándolo al corazón: o si alguna vez ha comenzado a escuchar, retrocede y huye a las hojas, para esconderse en ellas. Por eso aún no ha dejado de pecar, sino que aún arrastra una larga cuerda: aún no se ha convertido en un hombre que ve su pobreza, sino que dice que es rico y que no necesita nada, cuando es pobre, desnudo, miserable y desdichado. No tiene nada del espíritu de mansedumbre, con el que podría instruir a los que han sido sorprendidos en alguna falta, considerando a sí mismo, para

que no sea también tentado. Desconociendo las lágrimas de la compunción, se alegra más cuando hace el mal, y se exulta en las cosas malas. Sin duda, es uno de aquellos a quienes el Señor dice: ¡Ay de vosotros que ahora reís, porque lloraréis (Luc. 6, 25). Codicia dinero, no justicia; sus ojos ven todo lo sublime. Insaciablemente ansía dignidades, sediento de gloria humana. Lejos de él están las entrañas de misericordia: se deleita más en mostrarse tirano y cruel; considera la piedad como ganancia. ¿Qué puedo decir de la pureza del corazón? Ojalá no la hubiera olvidado como muerto de corazón; ojalá no fuera una paloma engañada sin corazón; ojalá fuera lo que al menos es exteriormente limpio, y no se encontrara manchada la túnica corporal, para obedecer al menos en esta parte al que dice: Purificaos, los que lleváis los vasos del Señor (Isa. 52, 11).

CAPÍTULO XX. Reprende a los incontinentes, que no temen profanar impúdicamente las sagradas Órdenes.

34. No acusamos a la totalidad, pero tampoco podemos excusar a la totalidad. El Señor se ha reservado muchos miles. De lo contrario, si su justicia no nos excusara, y el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado esa semilla santa, ya hace tiempo habríamos sido destruidos como Sodoma, y como Gomorra habríamos perecido. La Iglesia parece haberse expandido; también el sagrado Orden del clero: el número de hermanos se ha multiplicado sobre el número. Pero aunque multiplicaste la gente, Señor, no aumentaste la alegría, mientras nada parece haber disminuido en mérito, como ha aumentado en número. Se corre por doquier hacia las sagradas Órdenes, y los hombres toman sin reverencia los ministerios reverendos incluso para los espíritus angélicos, sin consideración. Porque no temen ocupar el signo del reino celestial, ni llevar la corona de ese imperio, en los que reina la avaricia, impera la ambición, domina la soberbia, pero también la iniquidad, y la lujuria incluso gobierna: en los que tal vez aparezca dentro de las paredes la abominación más horrible, si según la profecía de Ezequiel cavamos en la pared (Ezequiel 8, 8), para ver en la casa de Dios lo espantoso. Pues después de fornicaciones, después de adulterios, después de incestos, ni siquiera faltan entre algunos las pasiones de ignominia y las obras de torpeza. Ojalá no se hicieran cosas tan impropias, que no conviene ni que el Apóstol las escriba (Rom. 1 y Efes. 5), ni que nosotros las digamos. Ojalá no se creyera a quienes las dicen, que alguna vez una pasión tan abominable haya ocupado el ánimo humano.

35. ¿Acaso no fueron aquellas ciudades, madres de esta suciedad, condenadas por juicio divino y borradas por el fuego? (Gén. 19). ¿Acaso no la llama del infierno, sin soportar demora, se adelantó a destruir esa nación execrable, porque sus pecados eran manifiestos y precedían al juicio? ¿Acaso no el fuego, el azufre y el espíritu de tormentas consumieron también la misma tierra, como cómplice de tanta confusión? ¿Acaso no todo el suelo fue reducido a un lago horrible? Se cortaron las cinco cabezas de la hidra, pero ¡ay!, innumerables se levantaron. ¿Quién reconstruyó las ciudades del vicio? ¿Quién amplió los muros de la torpeza? ¿Quién extendió las vides venenosas? ¡Ay, ay!, el enemigo de los hombres ha dispersado por doquier las infelices reliquias de aquel incendio sulfuroso, ha rociado con aquel execrable polvo el cuerpo de la Iglesia, y ha salpicado también a algunos de sus ministros con la más fétida y sucia podredumbre. ¡Ay! ¡raza elegida, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido!, ¿quién en tus inicios tan divinos, y en el nacimiento de la religión cristiana, abundante en carismas espirituales, podría creer que tales cosas podrían encontrarse alguna vez en ti?

36. Entran con esta mancha en el tabernáculo del Dios viviente; habitan con esta mancha el templo, contaminando el santo del Señor, y recibirán un juicio múltiple, porque llevan conciencias tan gravísimas, y sin embargo se introducen en el santuario de Dios. Tales no

solo no aplacan a Dios, sino que más bien lo irritan, mientras parecen decir en sus corazones: No lo requerirá. Sin duda lo irritan y lo vuelven hostil hacia ellos, temo que en aquello en lo que debieron aplacarlo. Ojalá más bien, al comenzar a construir la torre, sentados calcularan, no sea que no tengan los recursos para terminarla. Ojalá quienes no pueden contenerse, temieran profesar temerariamente la perfección, o dar sus nombres al celibato. Porque ciertamente es una torre costosa, y una gran palabra, que no todos pueden comprender. Sin duda sería mejor casarse que arder; y salvarse en el humilde grado del pueblo fiel, que vivir peor en la sublimidad del clero, y ser juzgado más estrictamente. Porque muchos, no todos ciertamente, pero muchos, es cierto, no pueden ocultarse por su multitud, ni buscan por su impudencia: muchos, sin duda, parecen haber dado la libertad en la que fueron llamados como ocasión para la carne, absteniéndose del remedio nupcial, y fluyendo de ahí en adelante en toda clase de vicio.

CAPÍTULO XXI. Exhorta seriamente a la penitencia.

37. Perdonad, os ruego, hermanos, perdonad a vuestras almas, perdonad a la sangre que fue derramada por vosotros. Evitad el peligro espantoso, huid del fuego que está preparado. Que no sea una profesión irrisoria de perfección; que también se exhiba la virtud en la apariencia de piedad. Que no sea vana la forma de vida célibe, y vacía de verdad. ¿Por qué no se arriesgaría la castidad en los placeres, la humildad en las riquezas, la piedad en los negocios, la verdad en la mucha palabra, la caridad en este mundo malvado? Huid del medio de Babilonia, huid, y salvad vuestras almas. Corred a las ciudades de refugio, donde podáis tanto hacer penitencia por lo pasado, como obtener gracia en el presente, y esperar confiadamente la gloria futura. No os detenga la conciencia de los pecados: porque donde abundaron, la gracia suele sobreabundar. No os asuste la austeridad de la penitencia misma. Porque no son dignos de comparación los sufrimientos de este tiempo con la culpa pasada, que se perdona; no con la gracia de consolación presente, que se infunde; no con la gloria futura que se nos promete. Finalmente, no hay amargura tan grande que no endulce la harina profética (2 Reyes 4, 41), que no haga sabrosa la sabiduría, el árbol de la vida (Éxodo 15, 25).

38. Si no creéis en las palabras, creed en las obras, aceptad los ejemplos de muchos. Corren de todas partes los pecadores a la penitencia, y tanto por naturaleza como por costumbre delicados, no consideran en absoluto la aspereza exterior, para que se alivien las conciencias exacerbadas. Nada es imposible para los que creen, nada difícil para los que aman, nada áspero para los mansos, nada arduo para los humildes, a quienes tanto la gracia les presta ayuda, como la devoción de obedecer suaviza el mandato. ¿Hasta cuándo camináis en cosas grandes y maravillosas sobre vosotros? Es ciertamente grande y maravilloso ser ministro de Cristo, y dispensador de los misterios de Dios. Está muy por encima de vosotros el orden de los pacificadores, a menos que, omitiendo los grados mostrados, prefiráis más saltar que ascender. Ojalá, sin embargo, quien así entra, si fuera posible, ministrara tan fielmente como se introdujo con confianza. Pero es difícil, tal vez imposible, que de la amarga raíz de la ambición, salga el dulce fruto de la caridad. Digo yo, si queréis escuchar, más bien no yo, sino el Señor: Cuando seas invitado a las bodas, siéntate en el último lugar: porque todo el que se exalta, será humillado; y el que se humilla, será exaltado (Luc. 14, 10, 11).

CAPÍTULO XXII. Es deber de los buenos pastores enseñar; no huir de las persecuciones por causa de la justicia.

39. Bienaventurados, dice, los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mat. 5, 9). Considera diligentemente que no se encomienda a los pacíficos, sino a los pacificadores. Porque hay quienes dicen, y no hacen. Ciertamente, así como no son justos los

oyentes de la ley, sino los hacedores: así no son bienaventurados los anunciadores de la paz, sino los hacedores. Ojalá, sin embargo, que cualquiera de nuestros fariseos de hoy (pues tal vez haya algunos), aunque no hicieran, al menos dijeran lo que conviene. Ojalá quienes no quieren predicar el Evangelio sin costo, al menos lo pusieran por costo: ojalá evangelizaran al menos para comer. El mercenario, dice, ve venir al lobo, y huye (Juan 10, 12). Ojalá hoy cualquiera que no sea pastor, quisiera mostrarse al rebaño como mercenario, no como lobo: ojalá no dañaran, ojalá no huyeran, sin que nadie los persiga, ojalá no expusieran al rebaño, hasta que el lobo viniendo se viera. Sin duda, habrían de ser soportados, si se encontraran, especialmente en tiempo de paz, recibiendo su salario, y al menos trabajando por su salario en la custodia del rebaño: con tal de que no turbaran al rebaño, y gratuitamente lo apartaran de los pastos de justicia y verdad. Porque la persecución ciertamente separa y distingue a los mercenarios de los pastores. ¿Cuándo no temerá las pérdidas transitorias, quien busca ganancias temporales? ¿Cuándo soportará la persecución terrenal por causa de la justicia, quien busca más la recompensa terrenal que la justicia? Bienaventurados, dice, los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Esta bienaventuranza es de los pastores, no de los mercenarios, mucho menos de los ladrones o lobos. Porque no solo no soportan la persecución por causa de la justicia, sino que prefieren la persecución a soportar la justicia. Sin duda, es contraria a sus obras, es también pesada para ellos de escuchar.

40. Sin embargo, por avaricia, por ambición, los verás dispuestos a afrontar todos los peligros, a suscitar escándalos, a soportar odios, a disimular afrentas, a descuidar maldiciones: de modo que la animosidad de tales es no menos perniciosa que la pusilanimidad de los mercenarios. A los verdaderos pastores les dice su Pastor, el buen pastor, que no escatimó poner su vida por sus ovejas: Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, y cuando os separen, y os echen vuestro nombre como malo por causa del Hijo del Hombre: regocijaos en aquel día y exultad, porque vuestra recompensa es grande en los cielos (Mat. 5, 10-12). Porque no hay que temer a los ladrones, quienes atesoran para sí en el cielo. No hay que quejarse de la múltiple tribulación, donde atienden a la multiplicación de la recompensa. Más bien, alégrense más, como es digno, porque no tanto la persecución, como la remuneración se aumenta: y exulten tanto más, cuanto más sufren por Cristo, para que por tanto mayor recompensa les espere con Él. ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? La sentencia es fiel, apoyada en una verdad irrefragable, porque ninguna adversidad dañará, si ninguna iniquidad domina (En la oración o colecta de la Iglesia). Pero es poco que no dañe: también aprovechará, y aprovechará copiosamente, con tal de que haya justicia en la intención, Cristo en la causa, en quien la paciencia de los pobres no perecerá al final. A Él sea la gloria ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.